

La ciudad en la experiencia sensible

Mauricio Prada-Jurado¹

Universidad Nacional de Colombia²

Fecha de recepción: 15/02/2012. Fecha de aceptación: 15/06/2012.

Resumen

El artículo aborda el tema de la percepción, el significado y la interpretación de la ciudad, por parte de sus habitantes. Se destaca la importancia del lugar, del espacio público y el entorno urbano en el imaginario y la identidad de quienes la habitan o transitan; dado que cada individuo, de acuerdo a las relaciones que establece con la urbe, la resignifica, la lee, la interpreta, la comprende. Se alude a la microhistoria, pues sus postulados plantean la importancia y la validez del estudio de los pequeños acontecimientos que se desarrollan en las calles de las ciudades, y recalcan la importancia de esa lectura minuciosa del acontecer y la vida urbana para la comprensión profunda de la ciudad. Se analiza la relación arte-ciudad, puesto que los artistas proyectan en las obras de arte su propia visión de la ciudad, develando a través de ellas, su urbe individual, la que perciben, la que interpretan, y por ende, se constituyen en los voceros de una masa de habitantes anónimos. Se concluye, entre otras cosas, que el arte, en sus múltiples expresiones y formas actuales, es un indicador, un termómetro, que puede aportar mucho a la verdadera e integral forma de comprender la ciudad, siempre y cuando, quienes analizan la ciudad, lo tengan en cuenta.

Palabras clave

Arte y ciudad, microhistoria urbana, hermenéutica urbana.

A sensitive experience of the city

Abstract

The article tackles the issues of perception, meaning and interpretation of the city by its own inhabitants, bringing out the importance of place, public space and urban settings in the identity and mental images of people walking and living in the city, given that everyone relates to it in its own particular way and each individual reads, interprets, comprehends and re-signifies it differently. To achieve this, the article turns up for microhistory, since it relays on the importance and validity of small events taking place in city streets to comprehend urban life in depth. It also studies the relationship between art and the city, in view of the fact that artists cast in their works their own vision of the urban, disclosing through them their individual metropolis, meaning, the one they perceive and interpret, becoming the spokesperson of the mass of anonymous inhabitants. The article concludes, amid several things, that art functions as an indicator to truly understand the city as a whole, as long as those who plan it decide to take such knowledge into account.

Keywords

Art and the city, urban microhistory, urban hermeneutics.

¹Maestro en Bellas Artes, Universidad Antonio Nariño. M.Sc en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad; Universidad Nacional de Colombia. pradajur@yahoo.com

²El artículo forma parte de la Tesis de Maestría titulada "Entre telas y tintas: la ciudad pintada de finales del siglo XIX y comienzos del XX, Bogotá", realizada por el autor para obtener el título de Maestro en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad, de la Universidad Nacional de Colombia.



Introducción

“No es necesario que lo verdadero tome siempre cuerpo, es suficiente que aletee alrededor como un espíritu y que provoque una suerte de acorde; como cuando el tañido de una campana suena amistosamente aportándonos un poco de paz”.
Goethe.

Arriba. *Dual*. Acrílico sobre tela, 60 X 100 cm, 2011. Alejandro Sánchez Suárez.

El artículo aborda la idea de la ciudad percibida por sus habitantes, comprendida, interpretada, esa que se construye desde el acercamiento subjetivo —no necesariamente fantasioso—, más bien: intuitivamente descifrada. Una ciudad que como detonante perceptivo permite realizar una serie de tejidos entre lo que parece ser y lo que creemos que es, que insiste en lecturas múltiples como queriendo preservar la naturaleza fugitiva que la contiene, puesto que no hay una única definición de ciudad, como tampoco hay una sola interpretación en el acto de habitar. El texto recorre caminos más cercanos a la sensibilidad —que crea e imagina como método de conocimiento del mundo— que a la noción histórica —que afirma y comprueba—. Habitar el espacio es establecer vínculos que permitan crear cierta complicidad con aquello que resultaba ajeno y extraño. Lo habitable no está sólo ligado a una condición de materialidad presente en lo construido —el espacio contenido en lo físico—, sino que manifiesta con más fuerza la experiencia en el hecho de albergar un fragmento de vida referenciado en el tiempo.

Ciudad habitada, ciudad resignificada

La ciudad no es sólo un concepto abstracto e intimidante que evoca el movimiento caótico y congestionado —característica recurrente de la modernidad—, es más que el compendio de las calles, casas, plazas, parques y edificios que recubren de concreto y visten de asfalto y adoquín el espacio en el que a diario circulan transeúntes y vehículos. La ciudad no sólo se resuelve en una traza cartesiana que asfixia lo orgánico que en ella fluye como queriéndonos recordar que, detrás de su fría fachada, se esconden las voces de los que en algún momento fueron y ya no están; y que en horas pasadas, en días de otros tiempos, constituyeron, al igual que hoy sucede, la esencia de lo que comprendemos por ciudad: sus habitantes, aquellos que dinamizan todo suceso en la mecánica urbana, y que son para la ciudad como la sangre para el cuerpo o los sueños para la vida.

El caminante hace suyo el lugar donde detiene su marcha. Habita en él, sin el anhelo de permanencia. En su condición de nómada, el punto referencial —un sitio o lugar de la ciudad— es sólo suyo mientras decide que lo sea. La experiencia vivencial lo convierte en una prolongación de su existencia, pero tiene la certeza de que lo construido es sólo de paso. La experiencia espacial con relación al lugar se determina por el acontecimiento. Heidegger valora la relación hombre-espacio, en la experiencia urbana, como intrínseca, indisoluble:

“Los espacios que nosotros estamos atravesando todos los días están dispuestos por los lugares [...] Cuando se habla de hombre y espacio, oímos esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. Pero el espacio no es un enfrente del hombre, no es ni un objeto exterior ni una vivencia interior. No existen los hombres y además espacio. Porque cuando digo «un hombre» [...] pienso con esta palabra en aquél que es al modo humano —es decir: que habita—” (Heidegger, 2001: 139).

Todo habitar se constituye en referencia para el espacio urbano. Determina un estado que irrumpe en su concepción abstracta. Lo construido se resuelve en una condición perceptiva de comunicación con el mundo. La ciudad se instaura como contenedor de experiencias, y son ellas, las experiencias, huellas e improntas que ante el paso del tiempo van quedando impresas en la epidermis de las calles, constituyendo de ésta manera la memoria que asalta al individuo en cada esquina, en cada uno de los lugares que le sirven de escenario para transitar en lo cotidiano. La experiencia y el acontecimiento transforman a la ciudad en un cuerpo —tatuado— que crece con los días. Quien habita un lugar lo resignifica, dando así otra lectura a lo que considera como urbe.



Arriba. *Detección 1.* Fotografía a color / Impresión digital en papel fotográfico calidad archivo, 50 X 185 cm, 2005. Ana Adarve.

La lectura de la ciudad —a partir de sus lugares— está ligada a la experiencia personal, es decir, al acontecimiento previo vivido en ellos, al significado personal que les ha asignado el individuo, a la memoria que le evocan, a la identificación que le aportan. “La experiencia del lugar o significado que los individuos le atribuyen a los lugares parece situarse en un triángulo de relaciones entre el *self*, los otros y el ambiente” (Páramo, 2007). Los lugares de origen de las personas, o aquellos en los que han vivido por largas temporadas, están cargados de memorias que les atribuyen un significado particular, personal, individual. Los lugares son fuente de identificación para el individuo, la identidad está ligada al lugar de nacimiento, a los lugares en los que vivió en su infancia, a los que lo marcaron de manera especial en su devenir personal. Los lugares se asocian con los otros: los amigos, los amores, los familiares, los compañeros, es decir, con la comunidad tejida en ellos. “Rasgos particulares del ambiente como elementos naturales o contruidos son importantes no solamente como elementos físicos sino simbólicos o históricos” (Páramo, 2007).

La ciudad se alimenta de sus habitantes, de sus deseos más nobles, y por supuesto, de sus más sórdidas elucubraciones. Es soporte para construir en ella una historia de vida, la de cada quien. Cada lugar visitado, transitado, vivido, lo hace partícipe de la lectura individual de lo urbano. La ciudad es la misma, pero su lectura es infinitamente diversa: para cada individuo existe una ciudad, una interpretación de ella, una memoria asociada a sus espacios y lugares, sobre todo, porque dejamos en cada lugar algo de nosotros mismos, empezamos a apropiarnos de la ciudad y ella de nosotros. Pero esto no ocurre gracias a sus construcciones o a su arquitectura:

“La condición, repitámoslo, mediatizada de la arquitectura lleva a una relación siempre advenediza, impropia, extrínseca con el entorno, es decir con el mundo. [...] la arquitectura no puede ocultar la profundidad de su herida: la ausencia de una relación feliz con el territorio, con la naturaleza, con la vida” (Solá-Morales, 1997: 25).

El habitar implica una relación con el mundo desde el sentir. Hölderlin lo subraya al escribir: “poéticamente habita el hombre en esta tierra” (Hölderlin citado por Heidegger, 2001: 144) que no es más que matizar la lectura del espacio, y del mundo, de acuerdo a como hemos asumido la experiencia del estar. Una ciudad, siendo única, paradójicamente puede ser tantas como interpretaciones sobre ella haga cada individuo. La resignificación de los lugares corresponde a la ciudad percibida y expresada a través de la sensibilidad de quien la vive o habita, entendida dicha sensibilidad como una manera de capturar la ciudad a partir de los sentidos, matizada en su lectura por las vivencias personales. El individuo que habita en las ciudades, el *urbanita*, está hecho en parte por los sitios donde ha estado, lleva dentro de sí una memoria que le pertenece en cuanto a colectivo y en cuanto individuo, que se desprende de los lugares que frecuenta, de la ciudad en la que habita. La psicología ambiental ha profundizado en ese aspecto. La forma de ser del *urbanita*, fue señalada por Wirth, en 1838, como una personalidad o identidad urbana, producto de la interacción con lugares urbanos, con el espacio público (Páramo, 2007). De manera más reciente, autores como Milgram (1979), Proshansky (1978), Fabián y Kaminoff, entre otros, han postulado el concepto de identidad urbana o identidad del lugar. “La identidad de lugar hace parte [...] del concepto que tenemos de nosotros mismos. Por lo tanto la identidad de lugar es un aspecto de la identidad individual comparable a la identidad de género, identidad política o étnica” (Páramo, 2007).

La ciudad, además, se reviste de un halo misterioso que seduce en una especie de amor trágico en el que ella misma se define como un deseo, el habitante no es un habitante cualquiera, es un interlocutor activo de lo urbano un “sujeto de deseo” como lo menciona Beatriz García Moreno en su conferencia: *Las ciudades, las instituciones y los sujetos del deseo*:

“En esta indagación el habitante [de las ciudades] es considerado como un sujeto de deseo. No se trata del sujeto racional, cartesiano, definido por “pienso luego existo”, que se para ante el mundo y lo ve como un objeto manipulable. Es un sujeto que siente, que tiene angustias y alegrías, que configura horizontes hacia dónde dirigir sus actos. Es un sujeto atravesado por el goce, en el sentido que lo plantea el psicoanálisis” (García Moreno, 2006).

La ciudad es el escenario donde se tejen las relaciones que matizan la urbe con un halo de cuerpo viviente: “Debemos al médico del siglo XVIII Ernst Platner la primera analogía clara de la circulación den-

tro del cuerpo y la experiencia urbana espacial del mismo” (Sennett, 2003: 280). Lo corpóreo de la ciudad se subraya en la dialéctica entre el espacio y el ser, que Heidegger define así: “ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar” (2001: 147), y si ser mortal significa habitar, el arte —pintura, escultura, cine, video, fotografía, happening, instalación, etc.— desde su interpretación del mundo, hace manifiesto ese habitar, señala la voz que está contenida en las paredes y objetos que articulan la ciudad, en los sonidos y olores que la identifican, en el color que la viste.

Microhistorias urbanas

La ciudad presenta escenarios³ donde se construyen miles de historias particulares, que al ser revisadas sólo bajo la mirada a gran escala o a largo plazo, pasan desapercibidas por quienes no son sus protagonistas. Se requiere entonces de un acercamiento mayor para “leer la ciudad”, se necesita de otros señalamientos, constituyéndose el arte en la herramienta para descifrar los relatos que habitan sobre la epidermis de lo urbano: pequeños acontecimientos que se ajustan a los planteamientos propuestos por la microhistoria cultural urbana, que estima en sus campos de investigación una amplia variedad de temas, dentro de una dialéctica de escalas entre lo micro y macro, en donde empiezan a tener valor preponderante aquellas pequeñas cosas que, ante los ojos de una historia tradicional, podrían pasar desapercibidas o incluso ser insignificantes. “En vez de enmarcar los problemas históricos en trayectorias de desarrollo de largo alcance, los historiadores leen particularidades minuciosas y empíricamente observables, para revelar códigos, fuerzas y procesos que actúan en las formas culturales” (Stieber citada y traducida por Almandoz, 2002). La microhistoria revalúa el oficio del historiador al partir de otras fuentes de análisis —como el arte—, cuestiona el desarrollo sistemático lineal en términos de causalidad, insistiendo en el carácter semántico y entendiendo cualquier proceso cultural como un lenguaje en sí mismo.

Arte y ciudad

El arte, a partir de sus artificios y desde la experiencia subjetiva de los artistas, devela nuevas formas de leer la ciudad. Lo hace desde una dimensión que subraya el carácter personal y que impregna esa lectura de una condición poética: “Dar su espacio poético a un objeto, es darle más espacio que el que tiene objetivamente, o para decir mejor, es seguir la expansión de su espacio íntimo” (Bachelard, 1997: 178). Es necesario el acto interpretativo, bajo una perspectiva sensible, para descifrar lo incontable que habita en las calles de cualquier ciudad,

.....
³“Por escenarios entendemos aquellos sitios o lugares donde los ciudadanos actúan, se representan. Diríamos que son símbolos —en el sentido peirceano— en tanto espacios de representación” (Silva, 2006: 50).

entre los muros que se alzan como enredaderas queriendo atrapar por instantes el sentir humano. La lectura de la ciudad está condicionada por la experiencia perceptiva del espacio, por instantes que se entretejen para construir un todo, por pretextos para significar lo cotidiano de la vida y dar sentido al acto de habitar. La interpretación como recurso de ese volver a mirar lo que se daba por definido y resuelto, se amplía al confrontarse con una condición más singular: cómo lee el artista su propio mundo, cómo comprende su ciudad.

“En determinados contextos culturales la interpretación es un acto liberador, es un medio de revisar y reevaluar, de evadir el pasado muerto. En otros contextos culturales es reaccionaria, impertinente, cobarde, asfixiante... Comprender es interpretar de una manera más compleja” (Sontag, 1996: 29).

En el momento de indagar sobre temas relacionados con la ciudad, se hace imprescindible recurrir a la obra de arte, pues ella contiene la poética que articula los procesos sensibles del ser humano. La apropiación artística desenmaraña sentires que de otra manera no sería posible observar, percibir, identificar. Dentro de la concepción moderna, el acto creativo materializado en la obra de arte, sea permanente o efímera, no se limita a representar una realidad sino que la interpreta. La obra de arte es un pensamiento poético que amplía la dimensión de la ciudad, o mejor y en palabras de Giulio Carlo Argan (1986), el arte que se realiza a partir de la ciudad, *no representa la ciudad, es una extensión de ella*.

La obra de arte es entendida también como un contenedor de elementos que se definen desde la plástica y tienen su comprensión formal desde la estética, pero su gestación remite a aspectos vivenciales propios del artista, y estos influyen de manera decisiva en la realización de la obra. El artista proyecta en la obra de arte su propia visión de la ciudad, devela a través de ella su urbe individual, la que percibe, la que interpreta, y su obra “gana mayor importancia artística cuanto más subjetivos y peculiares son sus rasgos” (Hauser, 1982: 25). La obra

Abajo Ne-uter 4. Fotografía a color / Impresión digital en papel fotográfico calidad archivo, 50 X 187 cm, 2000. Ana Adarve.





de arte está determinada por la percepción de su creador, y a través de ella, el artista se interrelaciona, interactúa y explora su entorno. Los ambientes urbanos son cada vez más complejos, mas caóticos si se quiere, y el arte ha evolucionado con ellos, de manera que sus representaciones están imbuidas de esa complejidad, de ese aparente desorden: “El pensamiento moderno es difícil y hace diametralmente lo contrario del sentido común porque tiene la preocupación por la verdad y la experiencia que ya no le permiten atenerse a ciertas ideas claras o sencillas del sentido común” (Merleau-Ponty, 2008: 17). Una obra de arte no es una cosa, es un suceso. Y una obra de arte que se refiere a una ciudad es un fenómeno que surge de esa ciudad, que devela alguno de sus múltiples misterios, y que además, hace parte de ella. La obra de arte: “no es sólo el desocultamiento de una verdad, sino un acontecimiento por sí mismo” (Gadamer, 2002).

La reflexión sobre la obra de arte que se refiere a la ciudad complementa el juego propuesto de habitabilidad y significancia, pero no se deja atrapar en una sola proposición, pues el espacio donde habita el arte no es cuantificable en el plano cartesiano, como lo son las vías y las edificaciones de las ciudades. Sin embargo, el espectador de la obra de arte, al observarla, al intentar interpretarla, establece un encuentro dialéctico con ella y empieza a habitarla. Al igual que la ciudad, la obra de arte contiene en su esencia la poética que la articula a los procesos sensibles del ser humano, comparte la misma naturaleza con la ensoñación en el espíritu libertario de la creación plástica. La ciudad desde el arte permite percibir los cambios que le acontecen a través del tiempo, sean o no físicos. La ciudad en el arte se abre en múltiples posibilidades.

La ciudad se despliega en una serie de lenguajes donde se construyen imaginarios que se materializan en la obra de arte, siendo ella, la obra en sí, el medio que en su alcance metafórico la acerca a un reconocimiento de sus espacios dentro de un común denominador creador que habita, insistiendo precisamente en esta condición de habitabilidad en el arte. La relación entre —arte/ciudad/observador— se constituye en parte de un todo y se resuelve en finos hilos que la imaginación teje entre unos y otros. Ahora bien la pintura de ciudad y el “arte de ciudad”, recogen la experiencia del habitar y la registran de manera artística. En este hecho sucede lo que podríamos considerar como una doble significación que parte del instante y la escogencia del lugar y la construcción de una imagen artística, que entre otras cosas permanece en el tiempo con toda la carga subjetiva que presupone el proceso creativo.

La ciudad cambia, se transforma, se renueva constantemente, pero en la obra de arte que hace referencia a una ciudad se registra un instante absoluto, pleno:

“Un tiempo vertical. Un instante absoluto. El tiempo total que todo lo reúne, que todo lo condensa en la intensidad de un solo momento; el de la plenitud. Así, el instante poético es como el instante metafísico: completo, total, absoluto. Un solo instante de vida, que da sentido, la concepción filosófica de Bachelard y la visión poética de Baudelaire coinciden en torno a dos líneas paralelas y fundamentales. El primero, al desarrollar su idea de un tiempo vertical, un tiempo puro, libre de referencia. El segundo, al mostrar el mundo de las correspondencias y de las analogías. Un mundo donde fluyen y confluyen, opuestos y contrarios” (Yañez, 2009: 19).

Conclusiones

La ciudad es un universo que trasciende su perímetro urbano, sus construcciones, sus calles avenidas y parques. La ciudad es un mundo habitado por seres humanos de distinta índole, que la leen e interpretan de diversas maneras, desde su cultura, desde sus imaginarios, desde el acceso que tienen a ella. Esta diversidad en cuanto a la comprensión o lectura de la ciudad, pasa desapercibida cuando los estudios de la ciudad se limitan a sus aspectos físicos y dejan a un lado los sociales, psicológicos o artísticos. Cada habitante de la ciudad, cualquiera que ella sea, tiene una imagen particular de su ciudad, teje unas relaciones con ella que forman parte de su identidad, de su historia de vida. Pero es el artista, ese habitante poco común de la ciudad, quien materializa su visión y percepción de la ciudad a través de la obra de arte. El arte, en sus múltiples expresiones y formas actuales, es un indicador, un termómetro, que puede aportar mucho a la verdadera e integral forma de comprender la ciudad, siempre y cuando, quienes analizan la ciudad lo tengan en cuenta.

Abajo. *Deja vu.* Óleo sobre tela, 120 X 170 cm, 2009. Alejandro Sánchez Suárez



Referencias

- ◆ Almandoz, Arturo (2002). Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva Latinoamericana. *Perspectivas urbanas*, N° 1. Disponible en <http://www.etsav.upc.es/urbspersp/num01/art01-3.pdf>
- ◆ Argan, Giulio Carlo (1986). *Historia del arte como historia de la ciudad*. Barcelona: Laia.
- ◆ Bachelard, Gastón (1997). *La Poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ◆ Gadamer, Hans-Georg (2002). “La verdad de la obra de arte”. En: *Los caminos de Heidegger*. Barcelona: Herder. Disponible en: <http://new.pensamientopenal.com.ar/01102007/filoso01.pdf>
- ◆ García Moreno, Beatriz (2006). *Las ciudades, las instituciones y los sujetos del deseo*. Conferencia: Facultad de Artes integradas de la Fundación Universitaria del Tolima. Julio 28 de 2006.
- ◆ Gustafson, Per (2001). Meanings of Place: everyday experience and theoretical conceptualization. *Journal of Environmental Psychology*, vol. 21, N° 1: 5-16.
- ◆ Hauser, Arnold (1982). *Fundamentos de la Sociología del Arte*. Barcelona: Guadarrama.
- ◆ Heidegger, Martin (2001). *Conferencias y Artículos*. Barcelona: Serbal.
- ◆ Merleau-Ponty, Maurice (2008). *El mundo de la percepción: Siete conferencias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ◆ Milgram, Stanley (1970). The experience of living in cities. *Science*, vol. 167, N° 3924: 1461-1468.
- ◆ Páramo, Pablo (2007). La ciudad: una trama de lugares. *Psicología para América Latina*, N° 10. Disponible en: <http://psicolatina.org/10/trama.html>
- ◆ Proshansky, Harold M. (1978). The City and Self-Identity. *Environment and Behavior*, vol. 10, N° 2: 147-169.
- ◆ Sennett, Richard (2003). *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editores.
- ◆ Silva, Armando (2006). *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Arango Editores.
- ◆ Solá-Morales, Ignasi (1997). *Diferencias Topografía de la arquitectura contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ◆ Sontag, Susan (1996). *Contra la Interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara.
- ◆ Stieber, Nancy (1999). Microhistory of the Modern City: Urban Space, Its Use and Representation. *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 58, N° 3: 382-391.
- ◆ Yañez Vilalta, Adriana (2009). *Bachelard: la poesía como intuición del Instante*. Disponible en: http://www.crim.unam.mx/drupal/crimArchivos/Colec_Dig/2009/Solares/1_La_poesia_como_intuicion_instante.pdf

